

## Promesas a punto de aterrizar

¿Por qué comenzar justo ahí, con el fuego de una chimenea en la esquina de sus ojos y una ciudad abajo, tras los ventanales, con el millón de brillos de un botín desparramado por una alfombra?

Pues porque era uno de esos raros momentos en que de verdad comienzan las cosas. Una luna de navajazo escoltaba una caravana de nubes en fuga y de la ciudad subía la excitación de las noches de fiesta, cuando aún las mejillas de los hombres no raspan, las mujeres conservan su perfume y en el aire navegan las promesas de la noche como aviones haciendo cola para aterrizar.

Y porque a pesar de que miles de hombres entraban a esa misma hora en otros tantos salones a lo largo de la cordillera continental, un viernes de noviembre de hace unas décadas, sólo en ése los hielos de los whiskies dejaron de tintinear, la alfombra descalzó a los invitados, que callaron —al menos así la sintió Marina—, y luna y nubes detuvieron un instante lo que desde abajo parecía juego, pero era guerra. Fue pues uno de tantos armisticios de los que no hablan los periódicos —los periódicos nunca hablan de casi nada—, sólo para que ella, Marina, tuviese la serena certeza de que por fin sucedía lo que había esperado en secreto toda la vida, aunque supo que lo esperaba sólo al verle. O mejor: reconocerle. Y con tanta claridad que se preguntó si no se habría oído.

Pues sí, sí lo habían oído, al menos algunas de las otras mujeres, que oyen más, y Silvia, a su lado, no tardó en deslizarle:

---

—Cuidado —le dijo—, no se sabe muy bien de dónde viene. Y no te confundas: parece arrogante pero es un simple creído. Si te fijas, su pelo largo es ondulado, chuto. Igual su esmoquin: se nota que es alquilado y la pajarita es de las que se ponen ya hechas. Yo lo vi ayer por la calle, junto a Ernesto. Iba con un saco de buen cuero, pero cuero negro, de chófer. Viene de Buenos Aires pero en realidad no es de Buenos Aires...

Marina no pudo saber si Silvia era o no sincera porque se encontraban justo en el primer acto, cuando las brujas avisan, los pájaros presagian y los prudentes aconsejan a los héroes, que no hacen caso: por eso son héroes. Por lo demás, que Silvia fuese bruja no hay duda. Sólo una bruja puede mantener una falda de tubo de color mostaza en el improbable equilibrio de no mostrar nada, sentada en un sofá bajo de cuero viejo, y a la vez desnudar unas piernas de color caramelo.

Marina intentó apartar los ojos pero no fue lo bastante rápida: quitó el ojo pero dejó el rastro, y él quedó descolocado, sin saber si era ella la que bailaba en el fuego de la chimenea, o era el fuego el que bailaba en la esquina de sus ojos.

Así, con una sospecha, comienzan las intrigas.

Hay que imaginar una fiesta en un típico salón del norte de Tres de Marzo esos años: un cuadro de cóndores y otro de hombres-globo de los dos pintores nacionales. Grandes ventanales sobre una ciudad sin límites en la que no se distingue qué luces son de mansiones y cuáles de chabolas. Techos bajos y tapetes persas retirados para el baile. Siempre se termina bailando, por entonces, en Tres de Marzo.

Y el juego más viejo, que, pese a que casi todos los asistentes tienen a un ex presidente en la familia, no se di-

ferencia de otros sitios: música en inglés en los descansos de una orquestilla de bongós y acordeones bailables, jóvenes igualados por el esmoquin y mujeres brillando en vestidos cortos como para un anuncio de la felicidad, pollo al curry en bandejas de plata y mucho Johnnie Walker sello negro —o sea una versión alcohólica de la felicidad—, servido sin pausa por camareros de piel oscura y guantes blancos. Y en el aire un fuerte acento tresmarino de clase alta, que se reconoce porque su vocabulario incluye palabras en inglés, no tanto por esnobismo sino porque ese mundo no existe en Tres de Marzo: *navegación a vela, esquí, Coral Gables, New York, Fifth Avenue...* Cosas por el estilo.

No así entre él y ella, y esa excepción contribuye, sin duda, a que esta historia no sea como las otras cien mil que comienzan esta misma noche.

Porque no hablan, Marina y el hombre con la pajarita ya hecha. O quizá sí hablan, aunque no se les oiga:

Él finge que no la ha visto, al entrar, a lo que ella responde fingiendo que tampoco, pero no tarda en levantarse, quiere verle con disimulo, en silencio, mejor. Y cuando se arriesga a mirarle —aunque lo ha estado siguiendo con los ojos de la nuca—, lo ve embebido en Silvia, que le intenta seducir como una gacela puede intentarlo con un oso. Pero ¿no decía que tenía el pelo chuto e iba por la calle con chaqueta de chófer?, se pregunta. Es joven.

O sea que Marina se fuerza a bailar con uno de los guapos decorativos de todas las fiestas, y funciona: cuando vuelve a espiar, desde atrás del alto hombro de su pareja, lo sorprende a él mirándola con una especie de ironía. Y él, desde por encima de la cabeza de Silvia, evita dar vueltas y parece leerla: los ojos, que Marina tiene negros pero más bien inocentes y un poco agachados por las es-

quinas. La nariz, delgada, de las que traicionan los latidos de las aletas en ciertas circunstancias. La boca estrecha y con labios algo niños gracias a que sonrían un poco por las puntas. Y el pelo negro y flexible como noche líquida. Todavía no se sabe que, cuando se pone nerviosa, tartamudea.

Ella se siente como las modelos cuando un artista las recorta con un lápiz. Preferiría esconderse —no le gusta nada su pelo y para qué hablar de su tartamudez— y no puede. Su pareja de baile explica algo sobre músculos de coche y el tema le gusta tanto que se olvida de bailar, o sea que la mantiene bajo la mirada del otro. Que al coincidir con ella acentúa su sonrisa, la hace más abierta y, levantando la mano de la cintura de Silvia, con el dedo índice le hace por detrás una especie de bucle: «¿Después?», quiere decir.

Con las sonrisas pasa que nunca se sabe si llevan burla, ni cuánta, y eso se pregunta ella. Además, qué, después. Y después de qué.

«¿Después?», insiste él con otra sonrisa —algo con un raro equilibrio entre ironía y calidez—, y de algún modo aclara que después podrían bailar.

Ya no siente que le llueve por dentro y, mientras mariposas le despegan en el vientre, se las arregla para salir sola a la terraza. Allí él podrá buscarla, comentar que la luna está nueva (es aún el tiempo en que la luna nunca falla, en ningún idioma)..., sacarla tal vez a bailar. Mientras espera disfruta la noche fresca de Tres de Marzo, el placer imperial de tener a sus pies las brasas de una ciudad latiendo entre ruinas de nubes. Localiza su casa y otras —todos los invitados viven en el mundo visible desde ese *penthouse*—, pero termina por aceptar que la música ha cambiado ya varias veces y nadie ha venido a pedirle un baile.

Y aunque al entrar se hace la invisible, les ve. Bailan lento una música no tan lenta. Él ya no bebe en los ojos de Silvia porque tiene cerrados los suyos y la abraza, inclinado, y los dedos central e índice de su mano derecha ya han alcanzado el comienzo de la curva del culo.

Sí, el mismo índice que le dibujó un bucle de *después* en el aire.

Y Silvia alza sus brazos y le abraza, pese a que él le saca una cabeza, y no parece importarle que se le vea la sombra de las axilas, ni que el vestido amarillo le desnude sus piernas de caramelo por lo menos tanto como un vestido de baño. Silvia baila como bailan las caricias. Él apenas se mueve. Marina alcanza a sentir los pechos de Silvia contra él —pechos pequeños y firmes, como los suyos—, y en el estómago una nueva revolución: las mariposas que se marchan.

Agradece que hayan apagado las luces. Las únicas luces de la fiesta son las sombras creadas por el lejano resplandor de la ciudad que rebota en las nubes.

Nadie la ve cuando se va.

Y a la mañana siguiente la muchacha la saca de un sueño intranquilo para mostrarle una orquídea sudando en plástico y una nota:

*Creía que teníamos una cita*

La nota, escrita con pluma, lanza una historia a la que ella se resiste como un dramaturgo a quien sólo se le ocurre una novela. Manda devolver la orquídea, intenta seguir durmiendo, no puede, y cuando está bajo la ducha la llaman por teléfono. «Un señor con acento extranjero», dice la muchacha. No está ni va a estar en todo el día, man-

da decir, y por la tarde la alcanza un telegrama azul. Ni lo abre. Coge un maletín y, sin avisar a nadie, pues sus padres andan por Nueva York, se va a París.

Al regresar encuentra veintiún telegramas más y la casa llena de flores y colores. La muchacha, Consuelo, ya usa ollas de la cocina, donde caben más, y mezcla cosas que nunca se han mezclado, como petunias y cactus.

—¿También ha enviado cactus?

—Sí, niña Marina —responde Consuelo—, ayer —y no sin preocupación precisa—: Al principio orquídeas y al final cactus. Ay, niña: ¿qué le ha hecho usted?

«De momento nada», piensa Marina mientras se dirige al teléfono, «pero ahora me lo voy a comer. Qué se habrá creído ese guache».

No puede saberlo. Cuando al fin consigue el teléfono de su hotel, tras humillarse para preguntar dónde se aloja a tres amigos de la fiesta, en el hotel le dicen que se ha ido.

—¿De la ciudad?

—Sí, de la ciudad.

—¿Y no vuelve?

—No lo sabemos. Entra y sale, pero nunca deja dicho si va a volver.

La furia se le pasa de golpe, igual que cuando uno se enfada con una sombra. Ahora hasta el cactus le manda algo suave que no sabría nombrar. Esa noche, derrotada, coge uno de los telegramas y, quizá como una anciana que relee sus cartas antes de quemarlas, lo abre y lee:

QUÍTATE YA LOS TRAJES, LAS SEÑAS, LOS RETRATOS  
YO NO TE QUIERO ASÍ, DISFRAZADA DE OTRA  
SÉ QUE CUANDO TE LLAME SÓLO SERÁS TÚ

¿Tanto se le ha notado? Se pone tan roja como la vez en que, a los trece años, sus primos la sorprendieron

---

probándose un sujetador de su tía sobre unos pechos que a ella le parecían blancas y exageradas picaduras de avispa.  
Coge otro telegrama.

Y ahí, por así decir, comienza una historia de amor que merecería una novela en el caso de ser esto una novela de amor, que no lo es. Baste saber que Marina fue abriendo los telegramas sin darse cuenta de que no eran bombones. Que los telegramas están hechos de literatura concentrada y han sido pensados para ser leídos de cuando en cuando: unos diez en la vida de un dentista, quizá treinta en el caso de exploradores o grandes delincuentes y los policías que les persiguen por el mundo. Así se explica que cuando terminó se encontrase algo febril, rara, y por la noche despertase de golpe, fuera descalza a la biblioteca, rebuscase un buen rato, pues había leído poco y mal, y en *El rojo y el negro* encontrase al fin, casi al alba, a los personajes de uno de los telegramas, que le sonaban, y que decía:

LA VIRTUD DE JULIEN IGUALÓ SU DICHA PUNTO Y  
COMA ES NECESARIO QUE BAJE POR LA ESCALERA COMA LE  
DIJO A MATHILDE CUANDO VIO EL ALBA...

Sólo entonces comprendió que los telegramas le habían ido trayendo exquisiteces de biblioteca. Todos ellos eran trozos, ecos, sombras de obras, como cuando Neruda escribe:

PARA QUE TÚ ME OIGAS MIS PALABRAS SE ADELGAZAN  
COMO LAS HUELLAS DE LAS GAVIOTAS EN LAS PLAYAS,

y a ella le pareció que alguien se lo murmuraba al oído.  
Y cuando volvió a leer los versos

---

MON BEL AMOUR, MA DÉCHIRURE,  
JE TE PORTE EN MOI COMME UN OISEAU BLESSÉ,\*

esnob como era, de las que creen que el amor fue inventado para que las jóvenes pudieran practicar su francés, in-somne y descalza sobre la alfombra persa de la biblioteca de su padre, sintió que todos esos versos eran profecías escritas para serle enviadas por correo y que ella las leyese esa noche.

No sólo. Horas después, molida por una búsqueda inútil de más mensajes cabalísticos en la lectura de *El rojo y el negro*, que logró localizar gracias a los nombres de Mathilde y Julien Sorel, no le quedó más remedio que acudir medio dormida a la puerta para recoger un envío que el mensajero insistía en entregar en persona. Era una llama. Se la enviaban desde el Perú. El animal la miró furioso, ella en cambio no. Por enfadada que estuviese la llama, ése era el mensaje que se había trasnochado buscando en *El rojo y el negro*. Puede que Bernard se hubiese ido al Perú. Pero se acordaba de ella.

Llamó Rita a la llama —Rita por *irritación*, «pero no se lo diremos a nadie», le prometió—, y la instaló en el jardín, a la espera de poder encontrarle un alojamiento mejor. Quizá en París...

La entrada de Bernard en la fiesta (se llamaba Bernard, según averiguó cuando lo buscó en el hotel, Bernard Surville), su leyenda, los telegramas, las flores, el cactus y la llama la fueron preparando para casi cualquier co-

---

\* «Mi bello amor, mi desgarro, / te llevo en mí como un pájaro herido»



---

sa, pero no para que, al cabo de unos días, le trajeran un piano.

—¿Un piano? —se sobresaltó.

—Sí. Un piano. Grandísimo —precisó Consuelo—. No sé si va a caber por la puerta, ni lo que va a decir la señora.

En efecto, cuatro operarios que parecían luchadores sudaban para meterlo. Se agitaban debajo del piano como merluzas empujando el cadáver de un cachalote. Apenas se les podían ver las piernas. Al fin lo instalaron en una esquina del comedor, y el comedor de la Navidad y los banquetes políticos de su padre cogió entonces un aire de café cantante. Marina despidió a los hombres con una propina y, al regresar al comedor a buscar algún tipo de mensaje camuflado entre las teclas, se encontró al cuarto hombre, de espaldas, tocando un do que podría ser un no. O un si. Si condicional, porque no sonaba.

—Está rota la cuerda —dijo el hombre, y hasta que no se dio la vuelta, porque aún no le conocía la voz, Marina no supo que era Bernard. Con canas teñidas y quitándose un bigote falso de camionero, pero el mismo Bernard que Marina había estado mejorando en el recuerdo con una nostalgia que no sabía que lo era.

Y que se portó en consecuencia. Porque Marina no había terminado de aceptar nunca las reglas que le proponían los hombres, primera ley de la seducción, y eso es algo que si no se ha hecho a los quince, no se empieza a los veinticuatro. Además, el disfraz de camionero era una máscara, que oculta pero descubre, y en él Marina creyó ver el lado *pelo chuto* y *chaqueta cuero negro de chófer* que le subrayó Silvia. ¿Y no había algo de eso en los envíos de flores al estilo petrolero, en meterse en su casa con el ca-

ballo de Troya de un piano que además estaba dañado? Había algo un poco lobo en todo ello. Por *lobo*, y antes de enfrentarse a fuerzas que no podía aún ni imaginar, la clase alta tresmarina aludía por entonces a todo lo que se esforzaba en trepar hasta ella.

Desde niña Marina repitió que ella podía casarse con un hombre moreno, pelirrojo, bizco y hasta pobre (quería decir príncipe arruinado), pero nunca con un patán, un guache, un lobo. La simple idea de que su marido se escarbase los dientes con un palillo le erizaba el pelillo de la nuca, y la remota posibilidad de que comiese chasqueando o se agachase sobre el plato le daba vahídos.

Todo ello pesó en el instante en que Bernard se quitó el bigote de camionero y se vio que sus canas eran de talco, pero quizá no habría bastado para que Marina suicidara la historia antes de comenzar. La culpa la tuvo un vago efluvio que en su mundo marcaba una frontera tan alta como la cordillera, o más. Venía de dos manchas en los sobacos del mono de trabajo de Bernard. Si algo le habían repetido era que la gente como ella no suda —«sólo sudan los empleados»—, y si suda no huele. Además del humano deseo de cobrarle la mano en la frontera del culo de Silvia, el olor amarillo a sudor lo decidió todo.

—Muchas gracias —dijo—, llamaremos a un técnico para que arreglen el piano —fingía no reconocerle pese a la caída del bigote—. Mientras tanto vaya a la cocina y que le den algo de comer —y en cada sílaba de esta frase sintió cómo se tiraba por un barranco, y que no podría volver atrás ni aunque le salieran alas.

Ahí sigue el consabido baile de la gente resistiéndose al destino. Tendida en su cama fumando, Marina sólo

---

consigue dormirse cuando toma la decisión de no aceptar nunca más ni pianos, ni animales malgeniados, ni telegramas, ni una flor, así sea una margarita silvestre.

Pero no tiene que rechazar nada, ni siquiera una llamada de teléfono, y tres días más tarde se encuentra con el mentón en una mano, sentada al piano, y el índice de la otra insistiendo en la tecla muda con una cadencia de gotera tras una tormenta. En la gota treinta y cuatro no puede más y llama al hotel:

—¿Don Bernard Surville? —pone el tono de las secretarias cuando llaman a su padre.

No está, ya casi ni viene. Pues sí, concede el receptionista, ni siquiera sabe si aún reside en el hotel.

Cada precisión muerde a Marina, que ahora no sabe de dónde se sacó la estupidez suicida de enviarlo a la cocina a que le diesen de comer. Ni siquiera que sudase le parece ahora excusa (aunque ya no le está oliendo).

Encima oye chismes sobre el extranjero, que entonces en Tres de Marzo viajan con facilidad provinciana. Bernard ha estado en una fiesta pero no ha estado. Iba acompañado y solo. Hace tiempo que se ha marchado de la ciudad y sin embargo el martes le vieron caminando por la carrera Séptima con las manos en los bolsillos —llevaba al hombro la chaqueta de cuero negro—, y anoche se comía un helado a la salida del teatro Almirante.

Marina sufre y adelgaza porque no sabe lo suficiente. Ni siquiera si Bernard sigue en la ciudad, si se viste con cuero negro, mono azul o esmoquin alquilado. Ni si su mano ha progresado sobre el culo respingón de Silvia. Se teme lo peor.

O sea que un día que maneja a la deriva, lo decide en el rojo de un semáforo recortado contra el cielo de cinco minutos antes de la tormenta de las tres de la tarde y, por entre el aguacero de truenos que acude puntual a la

---

rutina del invierno en Tres de Marzo, vuelve a París. En París siempre encuentra el equilibrio.

Pero esta vez no es tan fácil. Los paseos bajo la lluvia ya no la calman, sólo le rizan el pelo. En la chimenea ya no ve el baile de las llamas sino que oye crujidos de los troncos por entre el rumor de un avión que vuela bajo sobre su casa como un presagio. Aunque la regañan porque está más flaca, ni siquiera prueba la sopa de papa con maíz y aguacate, que es el recuerdo más antiguo de su vida. Se estanca en la primera página de *David Copperfield*, ahí donde se dice: «Para comenzar mi vida por el comienzo de mi vida...». Los cuadros, fantasmas y hasta el frío de la mansión familiar ya no le devuelven su sitio en el mundo, ni siquiera cuando lee en un marco el papel viejo en el que Simón Bolívar acepta haber tomado prestados ciento cincuenta caballos para la Revolución de Independencia, que es el documento con el que su familia fundamenta una especie de orgullo de stirpe republicana. Montar a caballo —y eso sí que la alarma— ahora le da miedo. Romperse una pierna, teme, le podría impedir vivir una historia que le está reservada. Ni sospecha que rompérsela es quizá esa historia. Abandona la finca antes de lo previsto y regresa a Tres de Marzo.

Mas el mundo cambia cuando no estamos, aunque parezca que no, y la prueba es que, nada más entrar en la ciudad, Marina vio a Bernard caminando por la calle como si fuese la suya —mano en un bolsillo, mirada lejos y chaqueta de cuero doblada sobre un hombro, idéntico a los chismes—, y el miércoles, incapaz de quedarse en casa, se lo encontró en un torneo de canasta. Al otro lado

---

de una mesa en la que se sorteaban las parejas del campeonato.

Lo que la impresionó es que era él y a la vez no, como si tuviese un mellizo. Al nuevo no era posible imaginarlo llevando el esmoquin en una fiesta con la facilidad de un pijama. Tampoco imaginar su mano en el borde del culo de Silvia, pues la mano del mellizo tenía uñas grises mal cuidadas y dos dedos sucios de nicotina. Los otros tres jugaban con una caja de fósforos con ritmo de gángster de película antigua.

Y así la miraba, con una ironía que parecía de metal.

—¿Qué ha-haces aquí? —tartamudeó ella. También se le agitaban los ojos.

—Me aburría.

Se hablaban por segunda vez y volvían a mentirse. Si algo intuía Marina era que Bernard desconocía el aburrimiento, algo propio de niños, funcionarios y señoras aficionadas a la canasta, categorías en las que no entraba ni disfrazándose. Y menos su mellizo: barba de días con manchas canosas, chaqueta con dos vueltas al mundo sobre su espalda, y cierre de un ojo mientras barajaba las cartas con una colilla en la esquina de la boca. Cortaron y ellos dos sacaron el siete y la jota de corazones que los convirtió en equipo.

—¿Ves? —parecía decirle él con su único ojo abierto e irónico—. Es inútil que nos resistamos.

Ella intenta no mirarle a los ojos que, en contra de lo que se cree, es por donde entran los hombres. Resulta engañoso decir que *juegan*, el juego no es más que música de ascensor, luminosa serpiente del tráfico en la noche visto desde un octavo piso, y a ella le cuesta creer que ese hombre que huele a tabaco negro la haya ocupado has-

---

ta el punto de no poder ni mirar un espejo sin verle. No comprende qué le atrae de un tipo con ojos desgastados de tantos mensajes que les envía a las mujeres —lo sigue haciendo con las otras jugadoras—, y unas manos de uñas grises y manchas de nicotina que hacen con las cartas cosas de circo, un tanto obscenas.

Incluso trampas. Marina lo pilla en una: lo ve repartiéndose una carta de debajo y luego comprende que era un jóker, el personaje comodín que incluso metiéndose un dedo en la nariz puede decidir una partida.

Enrojece pero no sabe qué hacer. No juegan por dinero y las trampas no están previstas en la canasta, un juego en el que es difícil ganar o perder por mucho. Aun así se esfuerza: Marina comete errores de primeriza y Bernard, que comprende, vuelve a hacer cosas con las manos y consigue dar a los dos unas cartas tan trágicas que nadie las creería en una novela. En una sola mano pierden el campeonato.

Al quedar solos, él le ofrece el mazo para que corte.

—Para qué —se niega ella—: Qué me quieres ganar con trampas.

Él se queda mirándola, sin perder la cálida guasa de los ojos.

—Casémonos —dice al fin.

Ella le mira y tarda en comprender que lo que oye es un aguacero sobre la marquesina del patio cubierto en que se encuentran.

—Estás loco —le dice.

—Sí, pero me voy a casar contigo.

—Estás completamente loco —repite.

Lo que ni puede imaginar ella es hasta qué punto.

Sólo de madrugada lo intuye de golpe, se incorpora en la cama, enciende la luz, y en camisón, como si comenzase una guerra, ahí mismo prepara un equipaje pequeño, de fugitivo.

Doce horas después el aguacero de las tres le ha dado a la tarde un aspecto de mañana, como si el amanecer repitiera de puro entusiasmo, y ya se anuncia el atardecer, que en el medio del mundo llega temprano y de golpe. Es pues uno de los trucos más famosos de la ciudad, cuando parece por la mañana pero es por la tarde, la tormenta se retira murmurando, derrotada por un arco iris difuso, y algunas luces adelantan la noche. Todo parece entonces posible.

Marina abre la puerta, creyendo que es el taxi del aeropuerto, y se encuentra con Bernard, que mira su maleta. No parece muy sorprendido.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A Nueva York —le dice. No le explica que allí están sus padres, en una misión inútil pero larga en la ONU. Tampoco le dice que confía en no pensar, aturdida por el ruido de Nueva York. En las tiendas arruinará a su padre, los edificios le recortarán la imaginación y en la multitud buscará la confianza en que los hombres no se acaban nunca.

Pero a él se le nota que comprende la causa de su viaje como si viniese escrita en el periódico, con lo que, pese al fresco de la tarde, a Marina se le incendian otra vez las mejillas. El destino aparece en ese momento disfrazado de taxi de película mala para permitirle escapar. Bernard coloca la maleta en el portaequipajes y en el mismo impulso se sienta junto a Marina.

Que nunca llegará a Nueva York.

Acaso sea cierto que no hay escenarios, sólo personajes que llevan el escenario ya puesto. Fue cierto con el

taxi, al que Bernard pidió que apagase la radio, y un taxi tresmarino con la radio apagada es ya como un país extranjero. Fue cierto con Marina, que al sentarse le notó a él a tres milímetros y alcanzó a sentir la tibieza de su cuerpo en la tarde ya fría. Se bajó la falda con sus dedos delgados. Marina se había vestido como les gustaba a sus padres, que todavía viajaban como para ir a una boda o a escuchar un testamento.

Luego quedaron un par de minutos sentados y en silencio. Se hubiese dicho una pareja ya acostumbrada a sí misma, pero no. Ella había envejecido de golpe al meterse en un traje sastre beige y L'Air du Temps, de Nina Ricci, un perfume que pone unos doce años de más. Él se había afeitado pero el cansancio de su chaqueta se le notaba en las ojeras.

Iban por un norte aún casero de Tres de Marzo, que ella conocía a fondo porque era su vida, guardaba recuerdos de casi cada una de las casas. Le contó algunos a Bernard, con un tono a caballo entre el guía turístico y la abuelita que recuerda, y en el parque de la 77 con la 11 señaló al prócer bajo cuya estatua la besaron por primera vez, y al girarse encontró la boca de Bernard. Quizá la buscaba. Quizá se lo había contado para encontrar ese beso que esperaba desde que entró en la fiesta, aunque por una vez sin atreverse: eso era lo interesante, que con él no sabía aún si iba a hacer lo que ella quería.

Y así fue: Bernard le hizo con los labios cosas que ni de lejos habría sospechado en el beso del prócer, diez años antes, y al final no sabía lo que le había pasado porque sentía el beso en todo su cuerpo, como si los labios tuviesen manos y éstas, sombras. Tardaría en recordar lo que ella misma había hecho.

Cuando tiempo después el taxi se detuvo y abrió los ojos, vio que ése no era el aeropuerto, no el de siempre,



sino uno pequeño, unas cuantas avionetas alineadas bajo un techo de hojalata. Y a una de ellas, la más vieja sin duda, un viejo Aleros de los años cincuenta, la invitó a subir Bernard.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Marina, que aún sentía su mano esquiando sobre su cuerpo.

Y Bernard, ahí se vio su veteranía, le dio la única respuesta a la que ningún viajero se puede resistir:

—Ya verás.